

SAN JUAN CRISOSTOMO

**HOMILIAS SOBRE LA CARTA DE
SAN PABLO A LOS ROMANOS**

VOLUMEN I

Traducción, prólogo y notas empezada por el
Rvdo. P. Bartolomé M.^a Bejarano S. J.

Serie
Los Santos Padres
N.º 21

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-535-1990

I.S.B.N.: 84-7770-169-5

I.S.B.N. de la obra: 84-7770-167-9

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Nave 7 y 9, 41007 Sevilla

PROLOGO

A LAS HOMILIAS SOBRE LA CARTA DE SAN PABLO A LOS ROMANOS

Entre los más elegantes discursos del Crisóstomo se cuentan las treinta y dos homilías sobre la carta a los Romanos.

En su composición se esmeró mucho el Santo Doctor, porque en ella había tratado el Apóstol cosas oscurísimas que exceden la razón humana y exigen en el intérprete gran ingenio y perspicacia.

En efecto, fue tanto el trabajo y diligencia que puso en explicar los profusos misterios que encontramos en esta carta a cada paso, que difícilmente la encontramos igual en sus demás escritos. Y con razón, porque en esta admirable carta se encuentran muchas cosas acerca de la predestinación y la gracia que han fatigado a los más altos ingenios y, sin una esmerada precaución, no pueden tratarse sin gran peligro de errar.

En el prólogo al tomo 12 de la Colección Excelsa, página 25, hemos tratado de la elocuencia de San Juan Crisóstomo y de su excelencia como expositor del sagrado texto. El P. Cornely, decimos allí, en su *Introductio in V.T. Libros Sacros*, t. I.^o, n. 237, dice: “Su más excelente obra son las homilías sobre todas las cartas de San Pablo; y no sin razón sostienen muchos que ni entre los Padres ni entre los expositores modernos hay quien le haya igualado en ilustrar la profundidad paulina”.

Y su discípulo San Isidoro Pelusiota, carta 32 del tomo V, era de sentir que sobre todo en la exposición de la carta a los Romanos acumuló mil tesoros la sabiduría el Crisóstomo. Tengo para mí, añade

(y nadie crea que lo digo por lisonja), que si el divino Pablo hubiese tenido que expresarse en lengua ática no lo hubiese hecho de otro modo que este célebre maestro. ¡Tanto campea su interpretación ya por el fondo, ya por la hermosura de la forma y propiedad de la dicción!” Juicio que ha sido repetido con frecuencia.

Otros muchos sabios han dado juicios semejantes acerca de estos sermones, reconociendo de consumo la sutileza de ingenio, la fuerza y elegancia en el decir, y su natural elocuencia, y un estilo semejante a las demás obras del Crisóstomo, de tal manera, que no ha habido quién ponga en duda la autenticidad de esta obra.

No es tan unánime el consentimiento de los escritores acerca del lugar en que el Crisóstomo tuvo estos sermones, si fue en Antioquía o en Constantinopla. Casi todos sostienen que en Antioquía, fundados en las palabras del Santo, que en la homilía octava reprende las discordias de sus oyentes diciéndoles: “Ciertamente estamos en el mismo redil y bajo el mismo pastor, y aquí en la iglesia no veo sedición alguna, pero que acabe el sermón y veréis acusarse e injuriarse unos a otros, envidiosos unos, rapaces y violentos otros”. De este modo podía hablar en Antioquía, en donde San Flaviano era obispo y pastor, no en Constantinopla, donde el obispo y el pastor era él. También en la homilía trigésima insinúa que está hablando en el lugar en que estuvo y predicó San Pablo, el cual estuvo y predicó en Antioquía, nunca en Constantinopla.

El año en que compuso y predicó el Santo estas homilías no se sabe con certeza; pero debió de ser después del 388; porque en los años anteriores, en que ejerció el oficio de predicador, publicó tantas homilías que no es posible que tuviese también éstas. El P. Juan Stilling, S. J., en el “Acta Sanctorum”, a 14 de septiembre, n. 444, opina que las comenzó hacia principios del año 391.

De las cartas de San Pablo ésta es la primera que explicó, como se ve por el prólogo, en que ensalza en general las cartas del Apóstol y se detiene luego a discutir el orden cronológico de las mismas.

Además, al principio de la primera homilía pregunta por qué puso San Pablo su nombre al frente de sus cartas, siendo así que ni el nombre de Moisés ni el de los Evangelistas aparece al principio de sus obras. Esta pregunta hubiera sido oportuna en cada carta; pero una vez dada en la primera la conveniente respuestas, no era ya necesaria.

La traducción está hecha sobre el texto del benedictino Bernardo

de Montfaucon, transcrita por Migne. En los resúmenes que encabezan las homilías hemos consultado al benedictino Remigio Ceilliez en su “Historie Générale des Auteurs Sacrés et Ecclesiastiques”, tomo IX.

HOMILIA INTRODUCTORIA

No había semana en que por dos o tres y aun cuatro veces no se leyesen en la Iglesia de Antioquía las epístolas de San Pablo en las fiestas de los mártires. A esta lectura, San Crisóstomo se sentía como arrebatado y fuera de sí y abrasado de un santo ardor, como si estuviese viendo y oyendo predicar al Santo Apóstol en persona. Mas una nube de tristeza aguaba su gozo al considerar que muchos, o no conocían las cartas del Santo, o no hacían de ellas el debido aprecio.

Verdad es que muchos, cargados de obligaciones para con su mujer, sus hijos y su casa y familia, no tenían lugar para darse de lleno al estudio de la Escritura santa; mas San Crisóstomo deseaba que procurasen sacar provecho de lo que otros habían recogido, y que no pusieran menos ardor en escuchar las verdades que se les anunciaban que en allegar riquezas.

De la ignorancia, añade, de los Libros sagrados han nacido una infinidad de males. De aquí la perversión de las herejías, de aquí la corrupción de las costumbres, de aquí la inutilidad de tantas ocupaciones y trabajos vanos y estériles a que se han dado los cristianos en vez de aplicarse a su lectura. Pues así como los ciegos no pueden andar derecho sin un guía, así los que carecen de la luz de las Escrituras divinas, vendrán a dar necesariamente en muchos extravíos.

Advierte San Crisóstomo que la carta a los Romanos no es la primera que escribió el Apóstol: que escribió antes a los Corintios y a los Tesalonicenses. Pero es indudable que la escribió antes que todas las que envió desde Rom, a donde no había llegado aún cuando la escribió, como se ve por sus palabras: *Tengo gran deseo de veros para comunicaros alguna parte de gracia espiritual a fin de robusteceros.*

Desde Roma escribió a los Filipenses, a los Hebreos y a Timoteo. Este examen de la fecha de las cartas de San Pablo le parece importante a San Crisóstomo, para dar razón de las diferentes maneras con que el Apóstol propone algunas verdades. En la carta a los Romanos y en la que dirigió a los Colosenses trata del mismo autor de las prescripciones legales en cuanto a las comidas; pero usando mucha condescendencia con los Romanos y no con los Colosenses; porque así era necesario a los principios y no después.

Parece que San Pablo no tenía gran necesidad de escribir a los Romanos;

porque, según lo que él mismo dice, estaban tan instruidos en todo género de ciencias, que podían ser maestros de otros. Escribió, no obstante, para darles a conocer que él era el Apóstol de los Gentiles y el Ministro de Jesucristo en las Naciones. Este es el fin de la carta. Y si alaba a los Romanos es con el fin de captarse su benevolencia para así poder darles los avisos e instrucciones que creía necesarias.

HOMILIA INTRODUCTORIA

Al oír con frecuencia y en ocasiones tres o cuatro veces por semana, la lectura de las Cartas de San Pablo, cuando celebramos la conmemoración de los Santos Mártires, me alegro y salto de gozo, disfrutando de aquella espiritual trompeta, y me lleno de entusiasmo al escuchar aquella voz amiga, y casi me parece estarle viendo y oír sus razonamientos; pero me da gran pena y sentimiento que no conozcan todos como debieran a un tal excelente varón; pues hay quienes lo desconocen tanto, que ni saben siquiera el número de sus cartas. Y la causa de eso es, no que sean incapaces de comprenderlo, sino que no quieren frecuentar el trato de esta varón santo. Pues tampoco yo lo que sé, si algo sé, lo he alcanzado a causa de la perspicacia de mi ingenio, sino por la asiduidad con que manejo sus escritos y por el grandísimo amor que le profeso. Pues los que aman conocen mejor que los demás los hechos de las personas queridas, por eso, porque se interesan más por sus cosas: testigo este bienaventurado varón escribiendo a los Filipenses: *Según es de justicia para mi sentir eso de todos vosotros; por cuanto os tengo en mi corazón a vosotros que tanto en mis cadenas como en la defensa y consolidación del Evangelio, sois todos partícipes de mi gracia.* Si queréis, pues, poner diligencia en aprender, eso os bastará, pues no puede faltar la palabra de Cristo: Buscad y hallaréis, llamad y os abrirán ¹ (Mat., 7;7).

Mas como muchos de los aquí reunidos tienen que atender al sustento de su mujer y de sus hijos y al cuidado de su casa, y no pueden darse de lleno a este estudio, aplicaos a aprender lo que otros han recogido, y poned tanto empeño en oír la explicación como en juntar dinero. Pues, aunque es cosa vergonzosa no exigiros más, ojalá hagáis eso siquiera.

CUÁN GRANDES MALES CAUSA LA IGNORANCIA DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS. ORDEN CRONOLÓGICO DE LAS CARTAS DE SAN PABLO. Porque

son innumerables los males que de la ignorancia de las Sagradas Escrituras se han originado: de aquí nació tanta peste de herejías, de aquí el vivir flojo y desidioso, de aquí los trabajos sin provecho. Pues así como los que carecen de luz no pueden caminar derecho y sin tropiezo, así también los que no gozan de los luminosos rayos de las divinas Escrituras, necesariamente pecan y cometen frecuentes yerros, como quien anda en densísimas tinieblas.

Pues, a fin de que no nos suceda eso, abramos los ojos al fulgor de las enseñanzas del Apóstol, ya que su lengua brilla más que el sol, y supera a todos los demás en la enseñanza de sus palabras. Porque como trabajó más que ellos ² (I. Cor., 15, 10); así se atrajo muy grande gracia del Espíritu Santo; lo cual sostendría yo no sólo de sus cartas, sino también de sus hechos. Pues si se ofrecía hablar al pueblo, en todas partes le daban la preferencia, hasta tal punto, que llegaron a creerse los infieles que era Mercurio ³ (Act. 14. II), porque era el orador más distinguido.

Antes de comenzar la explicación de esta carta, conviene puntualizar el tiempo en que fue escrita. Porque no se escribió, como creen muchos, antes que todas las demás; sino, que aunque es ciertamente la primera de todas las que el Apóstol envió desde Roma, es, sin embargo, posterior a otras suyas, aunque no a todas. Porque la precedieron las dos dirigidas a los Corintios; lo cual se prueba evidentemente por lo que él dice al fin de ésta. *Mas ahora voy a Jerusalén en servicio de los santos. Porque han tenido a bien Macedonia y Acaya disponer una colecta a favor de los pobres que hay en Jerusalén* ⁴ (Rom., 15, 25, 26); a los Corintios, en cambio, les dice: *Y si valiere la pena de que yo vaya, irán conmigo* (I. Cor., 16, 4), hablando de los que habían de llevar el dinero. Por donde claramente se ve que cuando escribía a los Corintios era todavía incierto si había de ir él o no; mientras que cuando escribió a los Romanos era ya cosa fija y decidida que había de ir. Por tanto, ésta es posterior a la de los Corintios. También la carta a los Tesalonicenses, me parece anterior a la de los Corintios. Pues habiéndoles escrito primero sobre la limosna estas palabras: *En lo que toca a la caridad fraterna no tenéis necesidad de que se os escriba; puesto que vosotros mismos sois amaestrados de Dios a amaros los unos a los otros, y en efecto, lo hacéis con todos los hermanos* ⁵ (I. Tes., 4, 9, 10), escribió luego a los Corintios; lo cual prueba él mismo diciendo: *Porque conozco vuestra prontitud de áni-*

mo, por razón del cual me glorío de vosotros delante de los Macedonios; pues la Acaya está apercebida desde el año anterior; y vuestro celo estimuló a la mayor parte ⁶ (2 Cor., 9, 2). Con lo cual demuestra que les había hablado primero de este asunto. Por tanto, esta carta, que es la primera de las que escribió en Roma, es posterior a aquéllas. Pues todavía no había venido a Roma, cuando escribió ésta; como lo indica diciendo: *Porque ansío veros a fin de comunicaros alguna gracia espiritual* ⁷ (Rom., I, II).

Desde Roma escribió a los Filipenses; por eso dijo: *Os saludan todos los Santos, singularmente los de la casa del César* ⁸ (Filip., 4, 22). También a los Hebreos les escribió desde allí, y les decía que los saludaban los que estaban en Italia ⁹ (Hebr., 13, 24). Asimismo escribió desde la cárcel de Roma la carta a Timoteo, la cual me parece a mí que es la última que escribió, como se ve por su final: *Porque cuanto a mí, ya se da principio a mi inmolación, dice, y el momento de mi partida es inminente* ¹⁰ (2 Tim., 4, 6). Pues que aquí haya sido el fin de su vida, nadie lo ignora. La carta a Filemón es también de las últimas, pues la escribió en su extrema vejez, y así decía: *Como Pablo, anciano, y ahora prisionero de Cristo* ¹¹ (Fil., 9), ésta precedió a la de los Colosenses, como se ve por su final, en donde dice así: *De todas mis cosas os informará Tíquico, a quien envié con Onésimo, el hermano fiel y querido* ¹² (Col., 4, 7-9). Onésimo era aquél en favor del cual escribió la carta a Filemón. Pues que no se tratara de otro del mismo nombre, se ve por Arquipo; porque al que en la carta a Filemón tomó por intercesor para alcanzar perdón para Onésimo, a ese mismo estimula en la carta a los Colosenses con estas palabras: *Decid a Arquipo: Considera el ministerio que recibiste para que lo lles cumplidamente* ¹³ (Col., 4, 17).

Paréceme a mí que la carta a los Gálatas precedió a la dirigida a los Romanos. Y, aunque en la Biblia tienen otro orden, no hay que extrañarse; porque tampoco los doce profetas están colocados en la Biblia según el orden del tiempo. Ageo y Zacarías y otros profetizaron después que Ezequiel y Daniel; y muchos después que Jonás y Sofonías y otros; y no obstante, están juntos con todos aquellos, de los que los separan años y siglos.

2. Nadie crea que esto es tomarse un trabajo inútil ni crea que esta discusión es mera curiosidad y cosa superflua; porque el tiempo en que se escribió cada carta ayuda mucho para resolver dificultades.

Pues viendo a Pablo tratar de modo tan diverso a los Romanos y a los Colosenses, escribiéndoles sobre las mismas cosas; a aquellos con grande indulgencia, como cuando, les dice: *Al que es débil en la fe hacedle buena acogida, no dando fallo sobre opiniones. Hay, quien cree poder comer de todo; mas el que es débil, come verduras*¹⁴ (Rom., 13, 1, 2). A los Colosenses, en cambio, tratando de lo mismo, no les habla así, sino con mayor libertad: *Si habéis muerto con Cristo a los rudimentos del mundo, ¿por qué cual si vivieseis en el mundo os dejáis imponer leyes?: “No tomes, no gustes, no toques”. Cosas todas destinadas a la corrupción con el uso, que no son de estima alguna y sólo sirven para la hartura de la carne*¹⁵ (Col., 2, 20-23); no encuentro otra razón de esta diferencia, sino las circunstancias del tiempo, porque a los principios convenía usar de indulgencia, no así en lo sucesivo. Y del mismo modo se condujo en otras ocasiones.

Así proceden también los médicos y los maestros: pues no cuidan lo mismo los médicos a los que están a los principios de la enfermedad, que a los convalecientes; ni los maestros a los pequeñuelos, que a los que exigen más amplia enseñanza.

Pablo, pues, a unos escribía impulsado de un motivo y a otros de otro; a unos de una materia y a otros de otra, como lo indica escribiendo a los Corintios: *Acerca de lo que me escribisteis*¹⁶ (I. Cor., 7, 1); a los Gálatas, en cambio, ya desde el exordio y por toda la carta les habla de lo mismo; mas a éstos (a los Romanos); les dice por qué causa y razón les escribe; y parece dar testimonio de la virtud y ciencia que poseen, hasta tal punto, que están en condiciones de amaestrar a otros. ¿Por qué, pues, les envía esta carta? Por la gracia de Dios, dice, *por la gracia de Dios que se me ha dado, para que sea ministro de Jesucristo*¹⁷ (Rom., 15, 16). Y por eso, al principio dijo: *Deudor soy para predicaros con todo el empeño posible el Evangelio a los que estáis en Roma*¹⁸ (Rom., 1, 14, 15). Porque sus expresiones, v. gr., que podían amaestrar a otros y otras parecidas, las decía por alabarlos y estimularlos; pero tenían necesidad de ser formados por cartas. Y como aún no había llegado allá, los enseña de dos maneras, por medio de cartas y por la esperanza de su llegada; porque tal era el temple de aquella alma santa: abrazaba todo el mundo, y a todos los llevaba en el corazón por donde quiera que iba, juzgando que no hay parentesco más estrecho que aquel que es según Dios; y de tal modo los amaba a todos, como si fueran hijos suyos; más, mayor era su

amor que el de todos los padres naturales. Pues tal es la gracia del Espíritu Santo: supera a la paternidad según la carne y es más ardiente su afecto.

Lo cual puede verse principalmente en el alma de Pablo, que, tomando alas por la caridad, los visita sin cesar a todos, sin darse punto de quietud y reposo. Porque habiendo oído decir que Cristo había dicho: *Pedro, ¿me amas? Apacienta mis ovejas*¹⁹ (Jn., 21, 15), y que había enseñado ser ésta la caridad más extremada la ejercitaba sobre manera con todos.

Imitándole, pues nosotros, si no el orbe entero, o ciudades y regiones, al menos eduque, reforme y edifique cada uno su casa, su esposa, sus hijos y amigos y vecinos.

Y ninguno me diga: Yo soy muy rudo e ignorante. Nadie más ignorante que Pedro, nadie más inculto que Pablo: él mismo lo confiesa, y no se avergüenza de decirlo: *si bien soy inculto en la palabra, mas no en la ciencia*²⁰ (2 Cor., II, 2) y, sin embargo, éste, inculto y aquél, ignorante, superaron a cien filósofos y redujeron al silencio a mil retóricos, realizándolo todo con su laborioso tesón, ayudado de la divina gracia. ¿Qué excusa tendremos, pues nosotros que no bastamos para veinte ni somos de provecho a aquellos con quien vivimos? Excusas son todo eso y pretextos, pues ni la ignorancia, ni la impericia, impiden enseñar y educar, sino el descuido, indolencia y pereza. Sacudamos, pues, el sueño y la desidia, y cuidemos de nuestros miembros con grande empeño, y gozaremos aquí de una tranquilidad envidiable, educando en el temor de Dios a los nuestros, y alcanzaremos allí innumerables bienes, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y en el cual sea la gloria al Padre juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA PRIMERA (I, 1-7)

Moisés y los continuadores de la Historia Sagrada no expresaron sus nombres al frente de sus escritos, como tampoco los Evangelistas. San Pablo, por el contrario, encabezó con su nombre todas sus cartas, excepto la dirigida a los Hebreos, porque preveía que aquel pueblo, prevenido contra él, la habría rechazado al ver su nombre al frente de ella. La razón de esta diferencia es que Moisés y los otros escritores tenían delante a sus destinatarios, y así no necesitaban poner sus nombres; mientras que San Pablo escribía a iglesias y personas lejanas y en forma de cartas, y así fue preciso expresar quien las enviaba.

Cambió Dios al Apóstol el nombre de Saulo en Pablo a fin de que, aun en esto no fuese inferior a los demás Apóstoles y al mismo jefe de ellos.

Es de notar el nombre de *Siervo de Jerusalén* que se da al principio de su carta; porque hay muchos grados de servidumbre. Por creación, y así dijo David: *todas las cosas te sirven* (Pr., 118, 91). Por gracia: *Aunque fuisteis siervos del pecado..., habéis venido a ser siervos de la justicia* (Rom., 6, 17, 18). Por la vida santa, y así dijo Dios: *Ha muerto Moisés, mi siervo* (Jos., 1, 2).

San Pablo se llama luego *Apóstol por vocación divina*, para indicar que él no había buscado este cargo, ni hecho otra cosa que obedecer a Dios. Cree necesario insistir en que su apostolado provenía de una expresa vocación de Dios, porque, escribiendo a un pueblo arrogante y engreído, esperaba así disponerlo a recibir su carta y mirarla como digna de fe. Con el mismo fin les dice que el Evangelio que les predicaba tenía por autor a Dios, para llamar su atención hacia los bienes presentes y futuros que les prometía.

Pero a fin de que los Gentiles no acusasen de novedad este Evangelio, les muestra que es más antiguo que ellos: que los Profetas no sólo habían hablado, sino también escrito acerca de él, y que habían sido figuras suyas por sus propias acciones, como se ve por el sacrificio de Abraham, por la serpiente de Moisés, por los brazos levantados contra Amalec y por la inmolación del cordero pascual.

Después de levantar así sus ánimos, les demuestra que el Mesías tan anunciado y esperado por los Profetas, ha nacido según la carne de la familia de David; significando por esta frase *según la carne*, que el Mesías tenía otro nacimiento del todo divino. Prueba, en efecto, que era Hijo de Dios, por el

testimonio de los Profetas, por sus milagros, por la efusión del Espíritu Santo sobre los fieles, mediante el cual los ha hecho Santos, pues nadie sino Dios puede dar tal don a los hombres; y por su resurrección, porque Jesucristo es las primicias de los resucitados y se ha resucitado a sí mismo.

Dice luego el Apóstol que la gracia del apostolado que ha recibido de Jesucristo ha hecho obedecer a la fe a todas las naciones, reconociendo que esta grande obra debe atribuirse, no a los apóstoles, sino a la gracia preveniente de Dios. Su misión era recorrer las provincias y predicar en ellas el Evangelio; mas los corazones, Dios era quién los había de rendir y persuadir. Esto es lo que dice San Lucas hablando de una mujer que se convirtió a la fe. Abrióle el Señor el corazón para oír con sumisión lo que Pablo decía. Y en otra parte: Aquellos a quienes abrió Dios los oídos para escuchar la predicación, creyeron lo que les anunciaban.

El Apóstol, hablando de la fe de las naciones, dice que lo que hace falta no es argumentar, sino obedecer. No nos ha enviado Dios a enseñar a disputar ni a hacer silogismos, sino para comunicar a los hombres el depósito de la verdad que nos ha confiado. Cuando Dios habla, no deben los hombres examinar lo que dice, ni andar razonando sobre sus palabras, sino someter su juicio.

San Pablo no da preferencia alguna a los Romanos entre las demás naciones, sino que los mezcla y confunde con ellas, poniéndolas al nivel de los Tracios y Escitas, a fin de domar su orgullo y nativa arrogancia y enseñarlos a humillarse y entrar en la misma línea de los otros pueblos llamados como ellos por Jesucristo.

Añade que esta vocación es la primera fuente de donde dimana la santidad; luego pide a Dios para ellos la gracia y la paz, saludánolos con las palabras que Jesucristo ha enseñado a sus discípulos que han de decir al entrar en las casas.

Cuidemos, dice San Juan Crisóstomo, de conservar la paz y la santidad que de Jesucristo hemos recibido. Todas las dignidades del mundo son pasajeras, se desvanecen con esta vida; se adquieren a peso de oro y son más bien meros nombres y títulos que verdaderas dignidades; pues no son más que vana fastuosidad exterior, ocasión de lisonjas de cortesanos que, a la sombra de esa influencia, se afanan por lograr su propio interés. No son así las gracias de la santificación y de la adopción que recibimos de Dios; ni con la muerte misma se pierden, sino que, después de habernos honrado en esta mortal vida, nos acompañan en la eterna.

1. *Pablo, esclavo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, escogido para el Evangelio de Dios.* 2. *que él había de antemano prometido por medio de sus profetas en las Santas Escrituras.*

1. Moisés, en los cinco libros que escribió, no puso su nombre en ninguna parte; como tampoco los que escribieron los hechos posteriores a él; ni Mateo, ni Juan, ni Marcos, ni Lucas. San Pablo, en cambio puso su nombre en todas sus cartas. ¿Por qué así? Porque aquellos escribían a los que tenían presentes, y era inútil declarar su nombre a los presentes; éste, en cambio, envía sus escritos a los ausentes, y lejanos en forma de cartas: por eso era preciso añadir su nombre. Y si no lo hizo así en la carta de los Hebreos, fue de intento y con gran prudencia. Pues, siendo aborrecido de ellos, desde el principio le hubieran cerrado la entrada al ver su nombre, y para ganárselos usó de este artificio. Y si los profetas y Salomón pusieron sus nombres, a vuestro estudio y diligencia dejo el averiguar, por qué unos lo pusieron y otros no, que no conviene que os lo diga yo todo; sino que también debéis trabajar vosotros para que no os hagáis perezoso e indolentes.

Pablo, siervo de Jesucristo. —¿Por qué le mudó Dios el nombre de Saulo en Pablo?— Porque tampoco en esto fuese inferior a los Apóstoles, sino que gozase de la misma prerrogativa que el príncipe de ellos, y quedase así en más íntima unión con el Colegio Apostólico.

Pues el nombre de esclavo y siervo de Cristo no sin razón se lo dio a sí mismo. Porque muchas son las clases o modos de esclavitud o servidumbre y sus motivos. Primero, por razón de la creación, y así dijo: *Todas las cosas te sirven*¹ (Ps., 118-91); y asimismo: *Nabucodonor, mi siervo*² (Jer., 25, 9); porque la obra es sierva del artífice. Otro modo es por la fe, del cual dijo: *Pero gracias a Dios, de que habiendo sido vosotros esclavos del pecado, obedecisteis de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, fuisteis esclavizados a la justicia*³ (Rom., 6, 17, 18). Otro modo es por la regla de la vida, del cual dijo: Moisés, mi siervo, ha muerto⁴ (Jos, 1, 2). Todos los Judíos eran siervos suyos, pero de un modo especial Moisés, que tanto brilló por la santidad de su vida.

Ahora bien, siendo Pablo siervo de Cristo de todas estas maneras, con razón dijo *siervo de Jesucristo* como la dignidad más excelsa.

Va recorriendo los diversos nombres del Dios encarnado, subiendo de los inferiores a los superiores. Pues el nombre de Jesús lo trajo del cielo el ángel cuando aquel nació de la Virgen; y Cristo se llamó a causa de la unción, la cual es cosa también de la carne. Pues ¿con qué óleo fue ungido? —diréis—. Con ninguno, a la verdad, sino con el

Espíritu Santo, y a los que así ungidos suelen llamar Cristos la Escritura; porque en la unción lo principal es el espíritu; el óleo es cosa secundaria que se añade. Pues, ¿donde llama Cristo a los que no han sido ungidos con óleo? Allí donde dice: *Guardaos de tocar a mis ungidos y no maltratéis a mis profetas* ⁵ (Salm., 104, 15), pues entonces no había institución ni aparato de unciones con óleo.

Llamado a ser apóstol. En todas partes se dice a sí mismo el llamado, para mostrar su gratitud e indicar que no era él quien iba buscando al que lo halló, sino que meramente obedeció al llamamiento divino. El mismo apelativo da a los fieles: *Llamados santos* ⁶ (Rom., 1, 7). Pero a aquellos los llamó Dios a la fe; a éste le confió otra cosa: concedióle el apostolado, que encierra en sí innumerables bienes, y excede a todos los dones comprendiéndolos en sí todos. ¿Qué más puede decirse sino que la misión por la que Cristo bajo a la tierra, esa misma les confió al partir? Esto es lo que Pablo también clama y pregona ensalzando la dignidad de los Apóstoles: Embajadores somos en nombre de Cristo y es Dios mismo el que os exhorta, por boca nuestra ⁷ (II Cor., 5, 20); como si dijera: lugartenientes somos de Cristo, o vicecristos.

Escogidos para el Evangelio de Dios. Como en una casa unos se dedican a un empleo y otros a otro, así en la Iglesia están distribuidos también los ministerios. Paréceme que no quiere significar con estas palabras lo que le cayó en suerte, sino que da a entender que ya de antes fue deputado por Dios para esto; al modo que Jeremías escribe que había dicho Dios de él: *Antes que nacieras te santifiqué o segregué y te destiné para profeta entre las naciones* ⁸ (Jer., 1, 5).

Porque como escribía a una ciudad arrogante y fastuosa, con toda esta manera de hablar les da claramente a entender que es ordenación del mismo Dios, pues El fue quien lo escogió y lo destinó. Y procede de esta manera a fin de que acepten la carta como fidedigna y autorizada.

Para el Evangelio de Dios. No son, pues, Mateo y Marcos los únicos evangelistas, como tampoco es éste el único apóstol, sino que también otros, aunque por excelencia se llame éste Apóstol y aquellos Evangelistas. Y lo llama Evangelio; no sólo por los bienes producidos, sino también por los futuros. Pero, —¿cómo dice que es Dios evangelizado por él, diciéndose escogido para el Evangelio de Dios? ¿Acaso no era conocido el Padre antes de los Evangelios?— Ciertamente era conocido, pero sólo de los Judíos, y ni aún de todos ellos tanto

como convenía. Pues ni siquiera sabían que era Padre, y además pensaban de El entonces muchas cosas indignas. Por eso dijo Cristo: *Vendrán los adoradores de verdad*. Porque tales son los adoradores que el Padre quiere⁹ (Jn., 4, 23). Y por fin el con el Hijo se ha manifestado al mundo entero. Profetizando lo cual, decía Cristo: *Para que te conozcan a ti solo Dios verdadero y a Jesucristo a quien enviaste*¹⁰ (Jr., 17, 3); y le llama Evangelio para levantar desde el principio los ánimos de los oyentes, pues no vino a anunciar tristes nuevas, como lo hicieron los profetas, improperios, acusaciones, increpaciones; sino evangelios y evangelios de Dios, es decir, tesoros infinitos de bienes inmutables y eternos.

Que él había de antemano prometido por medio de sus profetas en las Escrituras santas. Porque el Señor, dice, dará palabra a los que anuncian con valor la buena nueva¹¹ (Sal., 67, 12) , y también: *¡Oh, qué hermosos son los pies que anuncian la buena nueva!*¹² (Is., 52, 7).

2. ¿No ves claramente expresado el nombre y el modo del evangelio en el Antiguo Testamento? Porque no solamente os lo predicamos de palabra, dice, sino con obras, puesto que no es cosa humana, sino divina, arcana, y sobre todo lo natural. Mas como le acusaban de novedad, demuestra que es más antiguo que los Griegos y había sido ya descrito, por los profetas. Y si no lo dio desde el principio, la culpa fue de los que no quisieron admitirlo; pues los que quisieron, lo oyeron. Abraham, vuestro padre, dijo, ardió en deseo de ver este día mío; violó y se llenó de gozo¹³ (Jn., 8, 56). *¿Cómo es que muchos profetas y muchos justos ansiaron ver lo que vosotros estáis viendo y no lo vieron?*¹⁴ (Mat., 13, 17). Quiere decir que no lo vieron del modo que vosotros lo veis y lo oís, la misma carne y los mismos lineamentos a vista de ojos. Más ruégote que consideres cuánto tiempo antes fue profetizado; pues cuando Dios quiere hacer ostentación de su poder realizando grandes cosas, las anuncia mucho tiempo antes, preparando los hombres para recibirlas.

En las Escrituras santas. Porque los profetas no solamente hablaban, sino que escribían además las cosas que predicaban; y no sólo las escribían, sino que las expresaban por medio de cosas, que eran símbolos o figuras de lo porvenir, como cuando Abraham condujo a Isaac e inmoló el cordero, y Moisés puso en alto la serpiente, y levantó los brazos contra Amalec.

3. *De su hijo que nació de linaje de David según la carne.* ¿Qué hace, Pablo? Después de haber levantado hasta el cielo nuestros ánimos y haber puesto delante de nuestro pensamiento cosas grandes y arcanas, después de haber mentado el evangelio y evangelio de Dios, después de habernos traído el coro de los profetas y habernos dicho que todos ellos profetizaron muchos años antes lo futuro, ¿por qué nos lleva de nuevo a David? ¿De qué hombre hablas ahora dándole por padre del hijo de José? ¿Son acaso dignas estas cosas de las que antes nos dijiste? —Muy dignas, sin duda alguna, porque no hablo yo de un mero hombre, y por eso añadí, *según la carne*, dando a entender que tiene también otra generación según el Espíritu.— Y ¿por qué no comenzó por aquí, y no por allí, por lo más sublime?— Porque por aquí comenzaron también Mateo, Lucas y Marcos. Pues el que ha de conducir al cielo es preciso que vaya de lo bajo a lo alto; porque éste es el orden establecido. Lo primero fue ver aquel hombre en la tierra, y de aquí sacaron que era Dios. Por aquel modo con que El nos impartió sus enseñanzas, por ese mismo nos abre el discípulo el camino que allá conduce. Narra, pues, primero su generación, según la carne, no porque esa sea la primera, sino porque de ésta quiere llevar los oyentes a aquella.

4. *Que fue constituido hijo de Dios en poder según el espíritu de santidad a partir de su resurrección de entre los muertos, Jesucristo.* —Por lo complicado de las palabras, resulta oscuro el sentido de la frase: por esto hay que aclararlo. ¿Qué quiere decir, pues? Predicamos a aquel que ha nacido de David, dice, pero esto es evidente. ¿Por qué? Porque éste es el Hijo de Dios encarnado. Así lo enseñan en primer lugar los profetas, y por eso dice que antes había prometido por los profetas en las Escrituras santas. No es flojo argumento este. Luego también por el modo con que fue engendrado; lo cual declara con estas palabras: *De la estirpe de David según la carne*, puesto que sobrepasó la ley de las concepciones naturales. En tercer lugar, por los milagros que hizo, haciendo ostentación de su gran poder, pues esto significa aquel *En virtud del poder*. En cuarto lugar, por el Espíritu, que dio a los que crecen en él, y por el cual los hizo a todos santos. Por eso dijo: *Según el Espíritu de santificación*. Porque era propio y exclusivo de Dios el derramar con tal abundancia tan magníficos dones. Lo quinto, por la resurrección del Señor. Pues El fue las primicias de la resurrección, y resucitado por su propia virtud. La cual

dice el mismo Señor que es el argumento mayor de todos para cerrar las bocas hasta a los más reacios y descreídos. Pues él dijo: *Destruid este templo y lo levantaré en tres días*¹⁵ (Jn., 2, 19), y *cuando me levantéis en alto, entonces conoceréis quién soy yo*¹⁶ (Jn., 8, 28); y también: *Esta raza malvada pide una señal y no se le ha de dar otra que la del profeta Jonás*¹⁷ (Mat., 12, 39).

¿Qué quiere decir aquella palabra *definido*? –Mostrado, declarado, indicado, confesado por el dictamen y consentimiento de todos, por su portentoso nacimiento según la carne, por su poder de hacer milagros, por el Espíritu, por el cual dio la santificación por la resurrección con que derrotó la tiránica muerte.

5. *Por el cual hemos recibido la gracia y el oficio de apóstol para obediencia de la fe.* Repara el agradecimiento del siervo; nada se atribuye, sino todo al Señor. Pues también nos dio este Espíritu; por eso dijo: *Muchas cosas tengo que deciros; mas, por ahora no podéis comprenderlas. Pero cuando venga aquel Espíritu de verdad, os conducirá a toda verdad*¹⁸ (Jn., 16, 12, 13). Y asimismo: *Separadme a Pablo y a Bernabé*¹⁹ (Act., 13, 2). Y en la carta a los Corintios dice: *A uno se le da el lenguaje de sabiduría por el Espíritu, a otro el lenguaje de ciencia*²⁰ (I. Cor., 12, 8). Y *El reparte todas las cosas como quiere*²¹ (I. Cor., 12, 11) Y predicando a los Milesios dijo: *En la cual (grey) os ha puesto el Espíritu Santo como pastores y obispos*²² (Act., 20, 28). ¿Ves cómo todas las cosas que son propias del Espíritu dice que son del Hijo, y las que son del Hijo, que son del Espíritu? *La gracia y el oficio de apóstol*; esto es, el que fuésemos apóstoles no ha sido obra nuestra, pues no hemos alcanzado esta dignidad por nuestro trabajo y nuestra industria, sino que este oficio se nos ha dado por mera gracia y soberano don de lo alto. Para obediencia de la fe.

3. No eran, pues, los apóstoles los que esto hacían, sino la gracia que los prevenía. De ellos era el recorrer el mundo predicando; pero el persuadir era de Dios, que obraba en ellos como lo dice Lucas: *Abrióles el corazón*; y también a quienes fue dado oír la palabra de Dios. *Para obediencia.* No dijo: para investigar o para argumentar, sino para obediencia. Porque no se nos ha enviado para presentar argumentos, sino para comunicar lo que hemos recibido. Pues cuando el Señor dice alguna cosa, no deben los oyentes indagar o escudriñar curiosamente, sino aceptar. Porque los apóstoles para eso fueron enviados, para decir aquello que oyeron, no para añadir de suyo otras

cosas, y a nosotros sólo nos toca el creer. ¿Qué hemos de creer? En su nombre ²³ (Act., 3, 6). No hemos de escudriñar curiosamente acerca de su esencia, sino creer en su nombre: pues éste hacía los milagros; y así dijo: *En el nombre de Jesucristo, levántate y anda* ²⁴ (Act., 3, 6). En estas cosas lo que se necesita es fe. Con el raciocinio nada podemos alcanzar de ellas.

En todas las gentes, entre las cuales estáis vosotros llamados de Jesucristo. ¿Pues qué? ¿Predicó Pablo a todas las gentes? Porque el haber recorrido desde Jerusalén hasta el Ilírico y de aquí a los confines de la tierra, es manifiesto por lo que él escribió a los Romanos. Y aunque no haya llegado a todos, no por eso es falso lo que dice. Porque no hablaba de sí solamente, sino también de los doce Apóstoles y de aquellos que anunciaron el Evangelio en compañía de ellos. Por otra parte, aunque persistas en decir que eso se ha de entender de Pablo, no puedes decir lo contrario, si consideras su fervor y el que ni después de muerto cesa de predicar en todo el orbe. Mira cómo ensalza el don y demuestra su grandeza, mayor y más sublime que el antiguo. Pues las cosas antiguas estaban limitadas a una sola nación; mientras que este don ha conquistado las tierras y los mares.

También quiero que consideres cuán libre de adulación está el alma de Pablo. Pues dirigiéndole a los Romanos, encumbrados en el pináculo de todo el orbe, no les concede más que a las otras naciones, y aunque mandaban e imperaban a todos los demás pueblos, no les dice que tuvieran en lo espiritual más que los otros, sino que les dice: como predicamos a todas las naciones, así también a vosotros, poniéndolos al nivel de los Tracios y Escitas; pues si no hubiera querido dar a entender esto, vano fuera añadir: *Entre los cuales estáis también vosotros*. Y procede así con el fin de reprimir su fastuoso, orgullo, enseñándolos que son iguales a todos los demás. Por eso añade:

6. *Entre los cuales sois también contados vosotros llamados de Jesucristo*; esto es, con los cuales estáis vosotros. Y no dijo, los demás con vosotros, sino vosotros con los demás. Pues si en Cristo no hay siervo ni hombre libre, mucho menos rey y vasallo: Puesto que también vosotros habéis sido llamados y no habéis venido.

7. *A todos los que están en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos; gracia a vosotros y paz de parte de Dios, Padre nuestro y del Señor Jesucristo*. Mira cuántas veces repite la palabra "llamados", diciendo: *Llamado apóstol*; entre los cuales estáis también vosotros

llamados; a todos los que están en Roma *llamados*. Y no es una repetición superflua, sino que tiene por objeto el traerles a la memoria el beneficio. Porque como era verosímil que entre los convertidos hubiera prefectos y consulares, y también particulares y gente plebeya, quitando toda desigualdad de dignidades, los comprende todos bajo un común apelativo. Si, pues, en las cosas más necesarias y espirituales han de ser comunes todas las cosas a los siervos y a los libres; como son la caridad de Dios, la vocación, el evangelio, la adopción, la gracia, la paz, la santificación, y todo lo demás, ¿cómo no ha de ser suma locura el establecer divisiones a causa de intereses terrenales entre los que Dios unió haciéndolos iguales en cosas mayores? Por eso, este bienaventurado varón, ya desde el principio, ahuyentando esta grave enfermedad, los induce a la humildad, madre de todos los bienes. Con lo cual mejoraba a los siervos, porque veían que no recibían de su servidumbre daño alguno, pues gozaban de la verdadera y suma libertad; y educaba también a los amos enseñándoles que no les aprovechaba nada su libertad, si no daban el primer lugar a las cosas a que la fe se refiere.

Y para que entiendas que Pablo al hacer esto no introducía confusión ni lo mostraba todo, sino que tenía bien conocida la distinción más digna de aprecio, no escribió sencillamente “A todos los que estáis en Roma”, sino que con esta distinción: “Amados de Dios” Porque esta es la mejor distinción y nos enseña de dónde proviene la santificación.

4. LA SANTIFICACIÓN PROVIENE DE LA CARIDAD. LA DIGNIDAD QUE SE COMPRA POR DINERO NO ES VERDADERA DIGNIDAD.

¿De dónde proviene, pues, la santificación? De la dilección. Pues habiendo dicho, *Amados*, luego añadió: Llamados a ser santos; danto a entender que aquí tenemos la fuente de todos los bienes. Y santos llama a todos los fieles.

Gracias a vosotros y paz. ¡Oh, salutación causadora de todos los bienes! Esta palabra mandó Dios a los Apóstoles que pronunciaran la primera al entrar en las casas; y por eso Pablo comienza siempre por ella, por la gracia y la paz. Porque no fue pequeña la guerra que Cristo llevó a cabo, sino varia, larga y de mil maneras; y esto no a costa de trabajos por parte nuestra, sino por medio de su gracia. Y como su dilección dio la gracia, y ésta nos trajo la paz, saludando con estas palabras, pide que permanezca perpetua y firme, sin que se

suscite nueva guerra, y ruega al dador que la conserve sin menoscabo con estas palabras: *Gracia y paz a vosotros de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo*. Reparad cómo en este lugar aquella partícula *de, o sea, de parte de*, es común al Padre y al Hijo; y equivale a *de parte del cual*. Pues no dijo gracia y paz a vosotros de parte de Dios Padre por mediación de Nuestro Señor Jesucristo, sino de parte de Dios Padre, y de parte de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Oh qué poderosa fue la dilección de Dios. Los enemigos y réprobos quedaron de repente hechos santos e hijos de Dios. Porque al llamarle Padre indica que son hijos; y al llamarlos hijos manifiesta los tesoros de todos los bienes.

Perseveremos en una vida digna de tantos bienes conservando la paz y la santidad. Porque toda otra dignidad es temporal y vuela con esta vida. Con dinero se compran todas; de donde no merecen llamarse dignidades, no tienen de tales más que el nombre, y todo su mérito consiste en la magnificiencia de los vestidos y en la adulación de sus parciales.

En cambio, este don de la santificación y de la adopción, como dado por Dios, no se pierde con la muerte, sino que, después de enriquecer aquí a sus poseedores, nos acompaña también en la futura vida. Pues el que conserva la adopción y guarda cuidadosamente la santificación, es más rico y dichoso que el que va coronado de diadema y vestido de púrpura, y aún en la presente vida goza de gran tranquilidad, abrigando una firme esperanza, sin ocasión alguna de alborotos y perturbaciones, antes, disfrutando de un perpetuo gozo. Porque la alegría y el júbilo lo dan no los altos puestos, no las grandes riquezas, no el fastuoso poderío, no las fuerzas y robustez del cuerpo, no las mesas opíparas, no los espléndidos vestidos, ni otra alguna cosa humana, sino la vida espiritual y santa y la buena conciencia. El que la conserva pura, aunque, afligido por la necesidad y pobreza, tenga que tolerar grandes hambres y usar vestidos desgarrados y rotos, está más alegre que otros que nadan en delicias; así, como, al contrario, el que tiene conciencia de sus crímenes, aunque abunde en riquezas y poderío, es el hombre más desgraciado del mundo. Por eso Pablo, a pesar de estar pasando hambre y desnudez asidua y sufriendo azotes cada día, estaba más alegre y gozoso que los reyes; y, en cambio, el rey Acab, gozando de tantas delicias en su reino, por haber cometido aquel pecado, gemía cabizcaído y angustiado, tanto antes como después de su injusticia. Si queremos, pues disfrutar grandes deleites,

huyamos ante todo la maldad y sigamos la virtud, pues no es posible alcanzar de otro modo el verdadero gozo, aunque escalemos regios tronos. Por eso decía Pablo: *Los frutos del Espíritu son la caridad, el gozo y la paz* ²⁵ (Gañ., 5, 22). Guardemos, pues, en nosotros este fruto y así gozaremos aquí de alegría, y conseguiremos el futuro reino por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria con el Padre y el Espíritu Santo ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA II

San Pablo, después de saludar a los Romanos, da gracias a Dios por el beneficio que Dios les había hecho llamándolos a la fe, que por ellos, es conocida y celebrada en todo el mundo. Con lo cual nos enseña a dar gracias a Dios, no sólo de nuestros intereses y buenos sucesos, sino también de los ajenos, sentimiento que nos libra de la plaga de la envidia y atrae más y más el amor de Dios sobre los que ve tan penetrados de vivo reconocimiento por sus dones y gracias. La palabra: *Es anunciada*, nos enseña que en materia de fe debe el enviado proponer y anunciar lo que ha recibido, sin quitar ni añadir nada, porque éste es propiamente el oficio que le han encargado. Por eso se llama el Sacerdote Angel o Embajador, porque no expone ideas suyas, sino las que le ha inspirado lo que lo envió.

Sobre aquella palabra del v. 9.^o: *Dios, a quien rindo culto en mi espíritu en la predicación del Evangelio de su Hijo*, nota San Crisóstomo que así como en un Estado hay muchos modos de servir al soberano, así también en la Iglesia hay muchas maneras de servir a Dios. Unos mandan las tropas, otros gobiernan las ciudades, otros administran justicia, otros cuidan de la hacienda. Lo mismo es con Dios; uno le honra con la grandeza de su fe, otro por su santa vida, otro por el cuidado de los pobres y las viudas, como Esteban, y otros por la predicación, com Pablo. Nota asimismo que el culto que este Apóstol daba a Dios, no era meramente exterior y judaico. El culto de los Gentiles era falso y carnal. El de los Judíos, verdadero, pero carnal y grosero. El de la Iglesia es contrario al de los Gentiles, porque es verdadero, y superior al judaico, porque es espiritual. Nosotros adoramos a Dios, no mandando animales, sino ofreciéndole el culto interior de nuestro espíritu, como le dijo el Señor a la Samaritana. Las palabras siguientes: *Tengo gran deseo de veros, para que nos consolemos mutuamente en la fé que nos es común*, dan ocasión a San Juan Crisóstomo para extenderse acerca de la utilidad de las santas compañías. Así como muchas lámparas juntas^f forman una gran luz, así muchos fieles reunidos adquieren una fe más viva y ardorosa. Cuando nos hallamos separados unos de otros, sentimos menos ánimo y fervor, más cuando nos hallamos en compañía de nuestros hermanos, muy gran gozo y consuelo. Y no debe juzgarse de los tiempos del Apóstol por los nuestros. Hoy todo está lleno de cristianos; vense en gran número así en los pueblos como

en las ciudades y aun en los destierros. Ha sido desterrada la impiedad. Mas entonces, ¡qué gozo tan grande era para un maestro ver a sus discípulos, y para los fieles recibir las visitas de sus hermanos de otras provincias!

Luego nos propone un modelo de perfecta obediencia en la conducta de San Pablo. Muchas veces había propuesto ir a Roma; mas, temiendo obrar en algo contra la voluntad de Dios, había estado esperando el momento señalado por la Divina Providencia. Porque del Señor es el mandar, y de los siervos el obedecer; y nosotros debemos recibir con sumisión todo lo que Dios ordenare sin meternos a examinar sus razones, por más contrarias que parezcan a nuestros pensamientos.

El fin del viaje de San Pablo era hacer algún fruto entre los Romanos, como entre las otras naciones. Sobre lo cual, San Crisóstomo pondera la gran diferencia entre los primeros predicadores del Evangelio, y los antiguos sabios de la Grecia, que ostentaban orgullo en todo su exterior. Un constructor de tiendas convirtió no solamente la Grecia, sino aún los países más bárbaros. Platón, el célebre Platón, que ellos tanto admiraban, en tres viajes que hizo a Sicilia, no pudo, con sus pomposos discursos, ganarse a aquel rey, sino que aún perdió la libertad. Aquí, al contrario, un artesano recorre no la Sicilia, o la Italia, sino toda la tierra, predicando el Evangelio y juntando el trabajo manual a la predicación, sin que se ofendiesen los grandes del mundo; y con razón, porque lo que a un doctor le envilece no es el ejercicio de un oficio, sino la mentira y el error. Y por eso a aquellos aún los Atenienses los ridiculizan ya, mientras que a éste hasta los bárbaros le escuchan y siguen: porque la doctrina evangélica es común a todos, sin distinción de dignidad ni naciones. Para recibirla no hacen falta silogismos, basta la fe.

Declara también Pablo a los Romanos que él es deudor a los Griegos y a los Bárbaros, a los sabios y a los ignorantes; añadiendo que no se avergüenza del Evangelio de Jesucristo, a fin de enseñarles a no avergonzarse tampoco ellos.

Pregunta San Crisóstomo por qué dijo el Apóstol que *el Evangelio es la fuerza de Dios para salvar primero a los Judíos y luego a los Gentiles*.

A lo cual responde que si los nombra antes que a los Gentiles, no es porque creyese que aquellos tuviesen ventaja alguna sobre éstos, sino que es mero orden de tiempo, y no de excelencia. La ventaja del Judío no es de haber recibido mayor gracia, sino de haberla recibido primero; como sucede en los que reciben el bautismo, que no lo reciben todos a la misma hora, sino unos en pos de otros; y, sin embargo, el que primero recibe el bautismo no tiene otra ventaja que haberlo recibido un poco antes. A seguida demuestra por las palabras de San Pablo y varios ejemplos del Antiguo Testamento que la fe todo lo alcanza, y que debemos obedecer, sin discusiones, a todas las órdenes de Dios, aunque nos mandara cosas tan difíciles como la que le mandó a Abraham, quien cumplió con obediencia ciega la orden que Dios le

dio de sacrificar a su hijo único, no considerando en el mandado más que la autoridad y la dignidad del que lo había dado.

8. *Primeramente doy gracias a mi Dios por mediación de Jesucristo, acerca de todos vosotros, de que vuestra fe es celebrada en todo el mundo.*

1. Digno exordio de un alma santa, que puede servir de ejemplo a todos para que ofrezcan a Dios los comienzos de sus buenas obras y palabras, y le den gracias no sólo por las propias sino también por las ajenas; lo cual, al mismo tiempo que libra el alma de envidias y malignidades, atrae sobre ella la divina benevolencia. Por lo cual dijo en otra parte: *Bendito él, Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales del cielo*¹ (Efes., 1, 3).

CUÁNDO HAY QUE DAR GRACIAS A DIOS. Gracias han de dar a Dios no sólo los ricos, sino también los pobres; ni sólo los sanos, sino aun los enfermos; y no sólo en la prosperidad, sino también en la adversidad. Pues dar gracias cuando sucede todo a pedir de boca no es gran cosa; más cuando en medio de la borrasca fluctúa entre furiosas olas la navecilla del alma, entonces es a Dios muy grata la oblación de la paciencia y de la acción de gracias. Así alcanzó Job su corona y cerró la impudente boca del diablo, mostrando que, cuando todo le iba bien, le movió a mostrarse agradecido no el amor del dinero, sino el amor de Dios. Fíjate en la causa por la cual da gracias Pablo; no es por el mando y el imperio, no es por el poder y la gloria, pues todo eso no vale nada; sino por los verdaderos bienes, por la fe y la libertad de predicar el Evangelio; y mira también el grande afecto con que las da: pues no dice a Dios, sino *a mi Dios*; lo cual hacían también los profetas, considerando como peculiares suyos los beneficios comunes a todos. ¿Y qué maravilla que hagan esto los profetas, cuando lo hizo el Señor de los profetas, atribuyendo a algunos los beneficios comunes a todos y llamándose Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob?

Porque vuestra fe es celebrada en el mundo entero. Pues qué, ¿oyó el mundo entero la fe de los Romanos? Nada tiene de extraño, porque no era una oscura ciudad, sino que puesta en el pináculo del poder, era de todos conocida. Pero repara bien la virtud de la predicación evangélica, como, en muy breve tiempo, por obra de pescadores y publicanos, se enseñoreó de la capital del orbe; y unos pobres Siros fueron doctores y predicadores de la soberbia Roma.

Dos méritos exalta en ellos, el haber creído y el haber creído con gran firmeza y confianza: tanta, que voló su fama por el mundo entero. *Todo el mundo*, dice, ensalza vuestra fe. Pero vuestra fe, no vuestras controversias y disputas, no vuestros silogismos y razones; y cuenta que había allí grandes obstáculos e impedimentos contra su enseñanza. Pues los Romanos, que poco antes se habían adueñado del imperio del mundo, eran altivos y nadaban en riquezas y deleites; y la predicación la traían unos pescadores judíos, e hijos de Judíos, gente de todos odiada y execrada, y predicaban que habían de adorar a un hombre educado en Judea y muerto en un madero; y junto con la fe prescribían una vida durísima aquellos predicadores, y a unos hombres que vivían en la crápula, sin otro anhelo que los bienes presentes. Añade a esto que los predicadores eran unos pobres idiotas, sin luces y desconocidos de todos. Pues a pesar de todo esto, triunfó su palabra, nada hubo capaz de impedir el curso arrollador del Evangelio; tanta era la potencia del Crucificado, que su palabra traspasaba los espacios todos, sin que nada ni nadie pudiera contenerla. *Se anuncia* y encomia *en el universo mundo*. No dijo se manifiesta, sino *se celebra*, como si a nadie se le cayese de los labios.

Y atestiguando esto a los de Tesalónica, añade: *Y partiendo de vosotros ha resonado la palabra de Dios, difundiéndose la palabra de vuestra fe de tal manera que no tenemos nosotros necesidad de hablar palabra* ² (Thes., 1, 8). Porque, convertidos los discípulos en maestros y doctores, hablaban e instruían con tanto valor y confianza a todos, que los arrastraban y convertían. No había dique capaz de contener la predicación, sino que, más vehemente que el fuego, avasallaba el orbe entero.

En el pasaje que ahora explicamos sólo se dice que *es anunciada*; y con razón dice, *se anuncia*, dando a entender que nada se debe añadir ni quitar a lo mandado; porque este es el deber del mensajero o enviado, referir ni más ni menos lo que le han encargado. Y por eso se llama el sacerdote mensajero o ángel, porque debe anunciar, no lo suyo, sino lo de aquél que lo ha enviado. —Pero quien allí predicó fue Pedro—. Bien, pero él toma por suyos los actos de Pedro, lanzando lejos de sí la negra envidia, como antes dije.

9. *Testigo me es Dios, a quien sirvo con todo mi espíritu en la predicación del Evangelio de su Hijo, cómo sin cesar hago continuamente memoria de vosotros en mis oraciones.*

2. De entrañas de verdadero apóstol brotan estas palabras, lenguaje son de un padre cuidadoso. Mas, ¿qué significan, y por qué pone por testigo a Dios? Les había dicho cuán gran cariño les tenía. Mas como aún no se habían visto ni tratado, por eso no pone por testigo a ningún hombre, sino al que penetra los corazones de los hombres. Porque después que dijo: Os amo, y les dio por prueba las frecuentes plegarias que por ellos hacía y el deseo que tenía de verlos, como esto no era evidente, recurre a un testimonio fidedigno. ¿Hay, por ventura, alguno entre vosotros que pueda gloriarse de que pide frecuentemente en su casa por toda la Iglesia universal? Creo que no. Pues Pablo sí; él no pide por una ciudad sola, sino por el orbe entero y esto no una, ni dos, ni tres veces, sino con mucha asiduidad y frecuencia. Pues si los lleva continuamente en la memoria, señal que los lleva también en el corazón con muy grande amor y caridad. Pues sus incesantes plegarias por ellos, bien se ve de cuán grande amor son prueba cierta.

En el añadir luego, *A quien sirvo en mi espíritu en la predicación del Evangelio de su Hijo*, nos indica la dignación de Dios para con él, y su gran humildad. La dignación de Dios, en confiarle tan gloriosa empresa; y su humildad, pues lo atribuye todo a los auxilios del Espíritu Santo, y no a su propia industria y diligencia. Al añadir *el Evangelio*, nos manifiesta expresamente la clase de ministerio que se le ha confiado. Porque hay muy diferentes ministerios, como diferentes son también los cultos que a Dios tributamos. Pues así como en un reino están todos los oficiales bajo la autoridad del soberano, pero no desempeñan todos las mismas funciones: pues uno manda las tropas, otro gobierna las ciudades y otro administra la Hacienda; así también en el reino de Dios unos le adoran y sirven y regulan su vida toda según las normas de la fe; otros se ejercitan en obras de caridad, acogiendo al peregrino; otros dando de comer a los pobres hambrientos, como en vida de los Apóstoles servía a Dios Esteban, cuidando y socorriendo a las viudas; otros por la enseñanza de la doctrina cristiana, de los cuales era Pablo, que servía a Dios en la predicación del Evangelio; y servía a Dios de este modo, porque tal era la misión y encargo que de Cristo había recibido. Por esto no sólo pone a Dios por testigo, sino que dice que ha recibido este encargo, declarando en esto que él, a quien Dios se había dignado confiar tan sublime ministerio, de ningún modo lo invocaría jamás como testigo de cosa falsa.

Con estas palabras, además, les da a entender que la caridad con que los abrazaba y el cuidado que de ellos tenía, no era mera voluntad y elección suya, sino cosa enteramente necesaria, como mandada por el mismo Dios. No me digáis, pues: ¿Quién eres tú, y cómo te atreves a tomar el cuidado de una imperial ciudad tan grande y poderosa como Roma? Porque esta mi solicitud y cuidado por vosotros es de todo punto necesario; me lo ha impuesto el mismo Dios, que exige de mí este servicio, la predicación del Evangelio. Y todo el que tal cargo reciba de Dios, debe tener siempre muy presentes a aquellos que han de recibir de él la divina palabra.

Otra cosa significó también al decir, *En mi espíritu*: que esta religión era más sublime que la de los Gentiles y la de los Judíos: porque la gentil era carnal y llena de errores, y la judaica era, sí, verdadera, pero carnal también; y en cambio, el culto de la Iglesia era del todo opuesto y contrario al gentil, e incomparablemente más sublime que el Judaico. Pues el nuestro no ofrece a Dios ovejas, becerros, humo y penetrantes esencias, sino el fervor del espíritu, como le dijo Cristo a la Samaritana: *Espíritu es Dios y los que le adoran, en espíritu y verdad le deben adorar* ³ (Jn., 4, 24).

En el Evangelio de su Hijo. Antes (v. 1.^o) lo llamó Evangelio del Padre, ahora Evangelio del Hijo, del uno y del otro indiferentemente. Así lo había aprendido de aquellos divinos labios que dijeron que todas las cosas que son del Padre, son también del Hijo, y las del Hijo, también del Padre. *Todas mis cosas son tuyas, y las tuyas, todas mías* ⁴ (Jn., 17, 10).

Cómo sin cesar me acuerdo de vosotros en mis oraciones. Así es la caridad pura y genuina. Y esta sola parece significar, aunque en cuatro expresiones diferentes, que se acuerda, que incesantemente, que en sus plegarias, y que son cosas grandes las que para ellos pide.

10. *Pidiéndole continuamente en mis oraciones que, si es su voluntad, me abra finalmente algún camino favorable para ir a veros. II. Porque ansío veros*. ¿No ves cómo arden en deseos de verlos; pero sin ir jamás contra el querer de Dios, mezclando con el amor el respeto y reverencia que a Dios se debe? Amábalos ardientemente, y por eso tenía tanto deseo de verlos; pero, por más que los amase, no deseaba verlos sin el beneplácito divino; ésta era su norma suprema, que a todo anteponía. Esta es la caridad acendrada y pura. No como nosotros, que pecamos por ambos extremos; o no amando a nadie, o

amando contra o fuera del beneplácito divino, lo uno y lo otro es contrario a la ley de Dios. Enojosas y duras de oír son estas cosas, pero más gravan la conciencia si se hacen.

3. ¿Y CUÁNDO AMAMOS CONTRA EL BENEPLÁCITO DIVINO? Cuando vemos a Cristo hambriento y no le alimentamos, sino que lo despreciamos; mientras que a nuestros hijos, parientes y amigos les damos más de lo necesario. Pero, ¿qué necesidad hay de continuar en estas consideraciones, cuando nuestra misma conciencia nos está acusando de haber faltado mucho en esto? ¡Cuán diferente era aquel bienaventurado varón! Amar sabía, pero amar como conviene, y aunque a todos vencía en el amor, no traspasaba, sin embargo, el modo debido de la caridad. Mira cómo abunda en él por eximia manera lo uno y lo otro; el temor de Dios y la caridad con los Romanos. Porque sus incesantes plegarias por ellos, a pesar de que no alcanzaba lo que pedía, son prueba de muy grande amor; y el continuar amándolos conformándose, no obstante, siempre con el querer de Dios en cuanto al tiempo de ir a abrazarlos, era delicada y suma prueba de su piedad y religión para con Dios.

También en otra ocasión, habiendo suplicado al Señor muchas veces, sin conseguir lo que pedía, más aún, teniendo que continuar sufriendo lo contrario, le dio, sin embargo, las más rendidas gracias por la repulsa, quedándose en suma paz.⁵ (II. Cor., 12, 8) De esta manera, tenía siempre su corazón puesto en Dios. En esta ocasión logró su deseo, pero más tarde, sin disgustarse por la tardanza. Digo esto para que no llevemos a mal el no ser oídos en nuestras peticiones, o el serlo más tarde de lo que deseamos. Pues no somos mejores que Pablo, que por ambas cosas dio gracias a Dios, y con razón. Pues una vez que hizo entrega completa de su voluntad en manos del que todo lo gobierna, y con tan grande sujeción como el barro al artífice; adonde quiera que Dios lo conducía, lo seguía al punto.

Habiéndole dicho, pues, que suplicaba a Dios que pudiese verlos, añadió la causa de este deseo. ¿Y cuál era? *Para comunicaros* —dice— *algún don espiritual, a fin de fortaleceros*. Pero no deseaba aquel viaje sin motivo, como hacen muchos que emprenden viajes superfluos e inútiles, sino a causa de negocios necesarios y urgentes, lo cual no lo dice él expresamente, pero lo deja entender. Porque no dijo: Para enseñaros, para formaros, para completar lo que os falta, sino *para comunicaros algo*, indicando que no les daba cosa suya,

sino que les entregaba lo que había recibido. Al mismo tiempo muestra su modestia diciendo: Para comunicaros algo, una partecita, y según mis cortos alcances. —Y ¿qué es ese poco que les va a comunicar?— *Para corroboraros.*

Al decir gracia, no excluye el mérito y galardón de sus buenos propósitos y buenas obras. De la gracia proviene el no vacilar y el perseverar firmes en el bien. Mas al oír gracia, no creas que se excluye la recompensa debida al propósito de la voluntad, porque la llama gracia no para excluir el trabajo y esfuerzo del propósito, sino para abatir su arrogante altanería. No te desanimes, pues, porque Pablo llame gracia a su trabajo y ministerio; porque, a ley de agradecido, suele llamar gracia a las buenas obras, porque en ellas y para ellas nos es muy necesaria la gracia. Al añadir luego para corroboraros, indica implícitamente que tenían mucha necesidad de ser corregidos. Porque esto quiere significar: Mucho tiempo ha que deseaba y anhelaba veros, no por otro motivo que para confirmaros y comunicaros firmeza y estabilidad en el temor de Dios, a fin de que no andéis en perpetuas vacilaciones. Pero no lo dije con tanta claridad, por no herir susceptibilidades; sino que lo da a entender de otra manera más suave; eso es, pues lo que significó al decir: *Para afianzaros y corroboraros.*

Mas como era cosa molesta, repara cómo trata de mitigarla con lo que añade: Pues para que no dijeseis: ¿Pues qué? ¿Vacilamos por ventura nosotros? ¿Nos andamos acaso moviendo a todo viento y necesitamos de tu lengua que nos afiance y afirme? Se anticipa a esta objeción diciéndoles: *Quiero decir: para que, hallándome entre vosotros, podamos consolarnos mutuamente los unos a los otros por medio de la fe que nos es común a vosotros y a mí.* Como si dijera: No sospechéis que os he dicho esto por censuraros y reprimirlos de alguna falta vuestra, no ha sido esa mi intención. ¿Pues cuál? Muchas aflicciones y trabajos habéis tenido que tolerar de vuestros perseguidores. Por eso he deseado veros, para consolaros; mejor dicho, no sólo consolaros, sino consolarme yo también con vuestra fe y confianza.

4. Mira cuánta es la prudencia y discreción de este maestro. Había dicho, *para corroboraros*, y veía que esta palabra tan grave podía causarles molestias, y por eso añade: *Para proporcionarnos algún consuelo.* Pero aun esto podía serles algo desagradable, aunque no tanto; trata, pues, de suavizar asperezas y mitiga su expresión, para

que les sea grata y acepta. Por eso no dijo consolaros, sino *consolar-nos mutuamente*; y ni esto le pareció suficiente, sino que añadió aquel atenuante: *Por medio de nuestra fe y sentimientos comunes*. ¡Ah, qué humildad tan grande? Dales a entender que necesita de ellos, que recurre a ellos en busca de alivio y consuelo, de que se reconoce necesitado, al igual que ellos, haciéndolos, en su consideración, de discípulos, maestros, sin pretender para sí prerrogativa ni excelencia alguna, sino una completa igualdad. Trátase del común provecho; tan interesado estoy yo en ello como vosotros; necesitados estamos de consuelo, y yo no menos que vosotros. —¿Y cómo lo conseguiremos? — Por nuestra mutua fe y religión. A la manera que si uno enciende muchas antorchas consigue grande iluminación y espléndida llama, así sucede también con la comunión de los fieles. Porque si estamos desunidos y dispersos, decae mucho el ánimo y el valor. En cambio, cuando nos vemos y tratamos, y nos estrechamos como miembros de un mismo cuerpo, recibimos grandes esfuerzos, consuelo y alivio. Y no creas que eran aquellos tiempos como éstos, en que por la gracia de Dios, desterrada ya la impiedad de nuestras regiones, en las aldeas, pueblos y ciudades, y en los mismos desiertos se encuentran comunidades de fieles; sino imagínate aquel tiempo, en que tanto deseaban los maestros poder ver a sus discípulos y recibir, tratar y agasajar en una ciudad a los hermanos que llegaban de otros puntos. Para que lo veáis más claro, pongamos un ejemplo: Si sucediera lo que Dios no permita, que se nos desterrase a la Persia, a la Escitia o a otra tierra de bárbaros, y se nos dispersase de dos en dos, o de tres en tres, por aquellas ciudades y apareciese por allí de repente un buen día alguien procedente de aquí, figuraos cuál sería nuestro consuelo y alegría⁶. ¿Quién le había de decir al Santo cuando esto predicaba en Antioquía, que quince años más tarde se había de ver desterrado en tierra de bárbaros y le habían de ser de tan grande alegría no sólo las visitas, sino aun las cartas, que allí tanto deseaba y agradecía? ¿No veís cómo saltan de gozo los presos al ver alguno de su familia? Y no extrañéis que compare aquellos tiempos de cautiverios y cárceles. Pues mucho más graves eran los trabajos que entonces padecían, aherrrojados, dispersos, viviendo entre hambres y guerras, con la muerte al ojo cada día, sospechando de sus amigos, familiares y parientes, viviendo como extranjeros en todo el orbe de la tierra; más aún, reducidos a peor condición que los mismos desterrados. Por eso les

dice: *Para confortaros por la mutua fe y comunión de ideales*. Esto lo decía no porque tuviese él necesidad de ayuda y compañía, no; pues, ¿cómo había de necesitar de ellos aquella columna de la Iglesia, más firme que el hierro y las rocas; aquel espiritual diamante, que bastaba él solo para sostener mil ciudades? Sino que para que no les molestasen sus palabras y corrección, para corregirlos con suavidad, les dijo que necesitaba consolarse con ellos. Mas si alguno dijere que Pablo tenía necesidad del consuelo proveniente de la fe y progresos de ellos, éste no se equivocaría ciertamente. Pues si eso deseas y anhelas, le podría alguno decir: Y vas a dar y a recibir consuelo, ¿qué cosa impide tu venida? Para deshacer esta sospecha añade: ¹³. *No quiero que ignoréis, hermanos, que muchas veces he propuesto hacer este viaje para lograr también entre vosotros algún fruto, como entre las demás naciones, y me ha sido imposible hasta ahora*. Hasta el presente me ha salido siempre al paso algún obstáculo. Considera aquí la obediencia ciega del siervo a su Señor y la expresión de un ánimo sumamente agradecido. Obstáculos, dice he hallado siempre; pero el por qué no lo dice.

No se pone a examinar el mandato del Señor, contento con obedecerle, aunque fácilmente podía ocurrírsele por qué impedía Dios por tanto tiempo que disfrutase de tan eximio doctor una ciudad tan grande y espléndida colocada en el pináculo de la gloria, y a la que convergían las miradas y la admiración de todo el mundo. Pues una vez conquistada la capital del imperio que daba la ley a todas las ciudades, fácil era conquistar las demás; mientras que quien, descuidando aquella, tratase de apoderarse de las otras, descuidaría lo principal, que es la cabeza. Mas Pablo nada de esto indaga curioso, sino que cede deferente a la incomprensible Providencia divina, mostrando por una parte la gran moderación y serenidad de su bendita alma, y enseñándonos a todos por otra que no osemos nunca pedir a Dios cuenta de sus disposiciones, aunque muchos se turben por causa de ellas y pierdan la paz. Porque de solo el Señor es el mandar y del siervo obedecer. Por eso dice: Siempre me hallé impedido, pero la causa no la dice. Pues ni yo la sé.

No me preguntéis, pues, cuál es la voluntad y el parecer de Dios. Pues no dice el artefacto al artífice: *¿Por qué me has hecho así?* ⁷ (Rom., 9, 20). ¿Para qué deseas saberlo? ¿No te basta saber que tiene cuidado de todo, que es sabio, que nada ha hecho sin razón y pruden-

cia, que te ama más que tus padres, que supera con mucho el afecto que te tiene tu padre y los cuidados de tu madre? Pues déjate de preguntas y no exijas más; que esto te basta para tu consuelo; puesto que también entonces regía Dios muy bien las cosas de Roma. Y si ignoras el modo, no lo llesves a mal; pues a la fe pertenece sobre todo que quien ignora el modo del gobierno y administración de Dios, admita, no obstante, que es muy razonable su providencia.

5. Pablo, pues, después de darles razón de su tardanza, mostrándoles que, si no iba a verlos, no era por desprecio, sino por hallarse impedido; sincerado ya y justificado de la falta de pereza y descuido, díceles que no es menor su deseo de verlos que el que ellos tienen de verlo a él, y les da mil nuevas pruebas de su amor. Porque a pesar de los impedimentos, no he cesado en mi empeño de ir a verlos, siempre lo procuraba y siempre hallaba nuevos obstáculos: nunca desistí; sin resistir a la voluntad de Dios, y conservando al mismo tiempo mi amor y caridad hacia vosotros. Pues proponiendo ir a verlos y no desistiendo nunca de este propósito, les mostraba su amor, y en el no resistir, viéndose impedido, mostraba su gran caridad hacia Dios.

Para conseguir también algún fruto en vosotros. Aunque ya les había dicho antes la causa de su deseo de verlos, y causa muy en consonancia con su apostólico ministerio, sin embargo, la repite también aquí corrigiendo su sospecha. Porque, siendo Roma una ciudad tan ilustre y conspicua, único ejemplar de hermosura y belleza en todo el mundo, de suerte que por el solo deseo de verla habían ido a ella muchísimos; para que no pensasen ni sospechasen de Pablo semejante cosa, esto es, que su deseo de verlos era porque juzgase que con su trato iba a ganar nombre y fama, les dice y repite expresamente muchas veces cuál es la verdadera y única causa. Y por cierto, que habiéndoles dicho antes: *Deseaba veros para comunicaros alguna gracia espiritual, aquí les habla más claro: Para lograr también en vosotros algún fruto como entre las demás gentes.* A los príncipes y a los súbditos, a todos los cuenta en el mismo número; después de mil trofeos y victorias, después de la gloria del consulado, los pone en un mismo número con los bárbaros, y con razón. Pues donde está la nobleza de la fe, no hay bárbaro, ni griego, ni peregrino, ni ciudadano; sino que todos quedan enaltecidos y exaltados en la cumbre de una misma dignidad.

MODESTIA DE PABLO. Repara aquí su modestia. Pues no dijo para enseñaros y formaros, sino *Para coger algún fruto*; no dice fruto, sino *Algún fruto*; rebajando sus cosas, como antes dijo: *Para comunicaros algo*. Luego los abate y humilla también a ellos, como antes indicaba, diciéndoles: *Como entre las demás gentes*. Pues no por ser vosotros ricos y tener más que los otros me tomo yo menos empeño y cuidado por ellos que por vosotros; que no voy yo en busca de ricos, sino de fieles. ¿Dónde están ahora aquellos sabios de Grecia, de luengas y espesas barbas, envueltos en sus mantos y tan hinchados con su ciencia? La Grecia y la vasta región de los bárbaros las ha convertido el oficial de hacer tiendas de campañas; mientras que aquel tan celebrado y tan traído y llevado Platón, con tan fastuoso estilo, con aquella su renombrada elocuencia, ni a un tirano siquiera pudo subyugar, antes salió tan mal de aquel paso que quedó reducido a la ominosa condición de esclavo; mientras que el fabricante de tiendas no solamente recorrió la Sicilia, ni la Italia sola, sino todo el orbe y con asombroso fruto; y ni siquiera en medio de las faenas de la predicación interrumpió su arte, sino que entonces cosía pieles y estaba al frente de su taller; de lo cual no se ofendieron los que habían ostentado la dignidad consular; y con justísima razón. Porque lo que a los doctores los hace despreciables no son las artes y oficios, sino los mentirosos y falsos dogmas. Y por eso a aquellos los mismos atenienses los desprecian y ridiculizan, y a éste hasta los bárbaro e idiotas lo atienden. La misma doctrina se propone a todos; no reconoce altezas y dignidades, no excelentes naciones ni semejantes cosas; sólo exige fe, no silogismos, Y por eso es tan digna de admiración, no por ser tan útil y provechosa, sino por ser tan fácil y asequible a todos; lo cual es singularísimo efecto de la providencia de Dios, que hizo todas las cosas comunes. Pues lo que hizo con el sol, la luna, la tierra, el mar y todas las demás cosas, no comunicando más de ellas a los ricos y a los sabios, y menos a los pobres y a los ignorantes, sino midiéndolos a todos con el mismo rasero; esto mismo hizo con la predicación y más aún, porque ésta es más necesaria que aquellas. Y por eso Pablo decía muy frecuentemente *a todas las gentes*. Y luego, mostrando que no es esto efecto de su generosidad y largueza, sino mero cumplimiento del encargo y mandamiento divino, los remite a dar las gracias al Dios de todos. *Lo mismo a los griegos que a los bárbaros, lo mismo a los sabios que a los ignorantes soy deudor*. Lo cual decía asimismo a los

corintios: *Así por lo que a mí toca pronto estoy a predicar el Evangelio también a los que vivís en roma.*

6. ¡Oh alma generosa! Acometiendo tan arriesgada empresa, mares bravíos, pruebas y tentaciones, celadas, persecuciones, defecaciones; pues a un predicador en ciudad tan grande, regida por cruellísimos tiranos, le aguardaban peligros y torturas sin cuento, y así acabó allí su vida decapitado por el horroroso tirano que entonces imperaba; y, sin embargo, aguardando tantos y tales tormentos, lejos de arredrarse, estaba siempre animado y dispuesto, activaba la marcha y no se daba punto de reposo. Por eso les decía: *En cuando de mí depende, pronto estoy a predicaros el Evangelio a los que estáis en Roma.* ¹⁶. *Que no me avergüenzo yo del Evangelio.* ¿Qué dices, Pablo? Cuando debieras decir me glorío, me gozo, no dices tal cosa, sino mucho menos, que no te avergüenzas, no suele eso decirse de las cosas grandes, insignes y de grande gloria. ¿Qué dice, pues? ¿Por qué habla así, a pesar de que se gloriaba del Evangelio más que del cielo? A los Gálatas les decía: *A mí líbreme Dios de gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo* ⁸ (Gal., 6,m 14). ¿Por qué, pues, no dice aquí, me glorío, sino *no me avergüenzo*? Los romanos anhelaban las cosas de este mundo; se perecían por las riquezas, el mando y la gloria; estaban orgullosos de sus triunfos y victorias y de sus emperadores, que igualaban con los dioses, y este nombre les daban y como a tales los honraban, dedicándoles templos y altares y ofreciéndoles sacrificios. Estando, pues, tan hinchados de soberbia y de fausto, y teniendo que predicarles Pablo a Jesús, tenido por hijo de un artesano, y que, nacido en Judea, se había criado en la casa de una pobre mujer, que no había tenido corte, ni soldados, ni guardia, ni escolta, ni riqueza, sino que había sido un hombre condenado a morir entre ladrones, después de sufrir grandes afrentas e ignominias; y es muy verosímil que los romanos, ignorantes de los excelsos arcanos y de la grande gloria de Cristo, anduviesen avergonzados de seguirle. Por eso les dice: *No me avergüenzo*, enseñándoles, primero a no avergonzarse, pues estaba seguro de que si esto lograban no tardarían en llegar hasta gloriarse. También tú, pues, si alguien te pregunta: ¿Adoras al Crucificado?, no bajes los ojos avergonzado, sino gloríate de ello; levanta el rostro, y firme la voz, serena la mirada, confiesa a Cristo crucificado. Y si sigue diciéndote: —¿Adoras a un Crucificado?— Respóndele: Mas no a un adúltero, no a un parricida, no a un matador de sus hijos

—que tales eran los dioses que ellos adoraban—, sino a aquel que por la cruz cerró a los demonios sus bocas y desenmascaró sus mil engaños e imposturas. Pues sufrir por nosotros la cruz obra es de inefable benignidad y señal del gran cuidado y providencia que de nosotros tiene.

Luego, como se jactaban de elocuentes y estaban hinchados y engreídos de su sabiduría y ciencia mundana, les dice Pablo: Yo desprecio y abomino esos silogismos y discursos; y vengo a predicar la cruz y no me avergüenzo. Pues *es fuerza y poder de Dios para salvar al mundo*. Porque como el poder de Dios es también para castigar, pues cuando castigó a los Egipcios dijo: Este es mi poder grande; y poder para destruir y arruinar, como : *Temed a aquel que puede arrojar al infierno el cuerpo y el alma*⁹ (Mt., 10, 28); por eso dijo: Esta es mi embajada; esto os traigo; no castigos ni suplicios, sino la salvación. ¿Pues qué? ¿No anunciaba también el Evangelio el infierno, las tinieblas exteriores y el gusano roedor? ¿Pues de dónde sabemos eso, sino del Evangelio? ¿Cómo dice, pues, Poder de Dios para la salvación? Pues oye lo que sigue: *Para todo el que cree, para el judío primero y para el griego*. No es, pues, para todos, sino para los que lo aceptan. Aunque seas, pues, griego o gentil, aunque hayas desbarrado en todo género de maldades; aunque seas bárbaro o escita; más: aunque hubieras sido una fiera sin entendimiento ni juicio, cargado de mil fardos de pecados, al punto que recibas la palabra de la cruz y el bautismo, quedan todos borrados.

¿Que quiere decir aquí aquella diferencia que pone *al judío primero y al griego*? ¿No ha dicho muchas veces: ni la circuncisión vale nada ni el prepucio? ¿Cómo es, pues, que aquí distingue y antepone el judío al griego? ¿Qué significa esto? Pues no por ser el primero recibe mayor gracia (porque el mismo don se les concede a ambos); ésa es primacía de mero orden. No se le menciona primero porque haya recibido mayor gracia, sino que es primacía de mero honor por haber sido el primero que recibió el favor. Porque los que son iluminados (ya sabéis los iniciados lo que estoy diciendo), todos corren a recibir el bautismo, pero no llegan todos a la misma hora, sino primero uno y luego otro; y, sin embargo, no recibe más el primero que el segundo, ni éste que el tercero, sino que todos alcanzan la misma gracia. Así también aquí la primacía es de mero nombre y honor y no envuelve gracia mayor; luego, después de haber dicho que esta buena nueva,

esta dicha del Evangelio es para la salud, encarece el don diciendo que no es solamente para el tiempo presente, sino que trasciende más, como lo significó en las palabras siguientes: ¹⁷ *Porque la justicia de Dios en él se nos revela de fe en fe, según está escrito: El justo vivirá por la fe* ¹⁰ (Hbac., 2, 4). El que ha sido justificado, pues, vivirá no sólo en el siglo presente, sino también en el futuro. Y no sólo esto, sino que insinúa otra cosa, el esplendor y claridad de aquella vida. Porque, como se salvan a veces los hombres, pero con deshonor, como los indultados por la regia clemencia; para que nadie al oír *salvación*, sospeche algo así, añadió *justicia*, y no tuya, sino de Dios; dando a entender su gran felicidad y largueza. Porque no la creas ni produces tú merced a tus trabajos y sudores, sino que la recibas de arriba como don de Dios, con tal que creas.

Luego, como parece cosa increíble que un adúltero, o un muelle, o un profanador de sepulcros, o un impostor, al punto no sólo quede libre del suplicio, sino también justificado y con excelentísima justicia, confírmalo con el Antiguo Testamento y primeramente con una breve frase abre al buen entendedor un mar de historias. Pues diciendo *de fe en fe* remite al oyente a aquellos acontecimientos dirigidos por la mano de Dios en el Antiguo Testamento, que tan sabiamente enumera, escribiendo a los Hebreos, mostrándonos también justificados por Dios tanto justos como pecadores; por lo cual menciona no sólo a Abraham, sino también a Raab. Después, hecha aquí solamente ligera insinuación (porque se apresuraba velozmente a otro pensamiento), invoca en su favor la autoridad de los profetas, trayendo a Habacuc, que clama y proclama que nadie que tenga vida la puede tener sino por la fe. *Pues el justo, dice, de la fe vivirá*, hablando de la vida futura. Porque, como lo que Dios allí da excede toda ponderación y entendimiento, se necesita la fe. Pero el hombre obstinado, despreciador, rebelde y contumaz no alcanzará nada. Oigan los herejes la voz del espíritu. Porque tal es la calidad y naturaleza de esa inacabable serie, de esa revolución de sus pensamientos, que parecen laberintos y enigmas, sin reconocer nunca término ni fin alguno, ni hacer pie en la roca inmovible de la fe; todo lo cual tiene su raíz, origen y principio en la arrogancia. Pues avergonzándose de inclinar su cerviz y abrazar la fe, para no parecer ignorantes de las cosas del cielo, se arrojan al polvo de mil pensamientos. ¿Hasta ese punto, ¡oh infeliz y desdichado!, si te preguntan cómo fue hecho el cielo y la tierra, cómo

naciste tú, cómo te criaste y creciste, no te avergüenzas de confesar tu ignorancia, y luego, si se trata del Unigénito, por vergüenza, creyendo ser cosa indigna de ti el no saberlo todo, te arrojas en un abismo de perdición y ruina? ¿No es más bien lo verdaderamente indigno la importuna curiosidad y las rebeldes y obstinadas contiendas?

Pero, ¿qué digo en los dogmas? De los mismos males y peligros de esta vida no hay otro modo de librarse sino por la fe. Por ella se hicieron célebres y esclarecidos aquellos antiguos varones, Abraham, Isaac y Jacob. Por ella consiguieron salud las meretrices en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Y así dijo: *Por la fe, la ramera Raab no pereció con los incrédulos y rebeldes, por haber acogido en paz a los exploradores* ¹¹ (Hebr., 11, 31). No dijo ella entre sí: ¿Y cómo han de poder estos cautivos fugitivos, errantes y vagabundos, que viven a manera de nómadas, vencernos a nosotros, que poseemos una ciudad murada y torreada? Si se hubiera echado esta cuenta, a sí misma se hubiera perdido y a ellos; como había sucedido a los padres de los que entonces se salvaron. Porque aquellos, a la vista de unos hombres de estatura gigante ¹² (Num., 13, 33), buscaron manera de escapar con vida y perecieron todos sin guerra ni batalla. ¿No ves cuán grande mal es la incredulidad y cuán firme muro es la fe? Aquella hizo perecer una multitud innumerable; ésta no sólo salvó a la ramera, sino que la hizo patrona de un gran pueblo.

QUE NO HAY QUE IR INDAGANDO LA RAZÓN DE LO QUE DIOS MANDA O DISPONE. Teniendo, pues, presentes estas y otras muchas cosas, nunca pidamos a Dios cuenta de sus hechos, sino recibamos y aceptemos cuanto él mande o disponga; sin examinarlo ni inquirirlo, aunque lo que se manda a la humana razón parezca absurdo. Porque ¿qué cosa puede parecer más absurda que mandar a un padre que mate a su único hijo? Y, sin embargo, aquel varón justo no anduvo indagando curioso, sino que, movido de la dignidad del que le mandaba, aceptó y obedeció sin repugnancia el mandato. Y, en cambio, aquel profeta, que no quiso herir de orden de Dios a otro profeta, porque, reputándolo cosa absurda, se puso a examinar con curiosidad lo mandado y no obedeció con sencillez, pagólo con su vida despedazado de un león ¹³ (III Reg., 20, 35); y Saúl, que contra la orden de Dios, perdonó a Agag, perdió el reino e incurrió en intolerables trabajos ¹⁴ (I Reg., 15). Cualquiera podrá encontrar otros mil ejemplos todos los cuales nos enseñan que nunca hemos de indagar la razón de lo que Dios manda,

y si a los escudriñadores está reservado el último suplicio, los que escudriñan las cosas más arcanas y veneradas, a saber, cómo engendra el Padre al Hijo y de qué modo y cuál es su esencia y sustancia, ¿qué defensa pueden tener?

Sabidas estas cosas, recibamos de buen grado la fe, madre de todos los bienes, para que, navegando en el mar tempestuoso de este mundo como en un tranquilo puerto, mantengamos los verdaderos dogmas y dirigiendo con toda seguridad nuestra vida, consigamos los eternos bienes por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea, con el Padre y el Espíritu Santo, la gloria, el imperio, el honor y la adoración por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIAS III Y IV

Después de haber hablado San Pablo a los Romanos de la fuerza y virtud del Evangelio para salvar a los que creen, añade estas terribles palabras para atemorizar a los que lo rechazan: *Descúbrese también en el Evangelio la ira de Dios que descargará desde el cielo sobre toda la impiedad e injusticia de aquellos hombres que tienen injustamente aprisionada la verdad de Dios.* Muchas maneras de impiedad enumera el Apóstol, pero no habla más que de una: de la verdad. Porque el error y la impostura presentan mil formas, la verdad no es más que una.

También hay muchos modos de injusticia: uno injuria a su hermano en la hacienda, otro en la mujer, otro en la honra o en la fama.

Retienen injustamente la verdad de Dios los que, conociendo lo que de Dios se puede describir por las criaturas y lo que Dios mismo les ha dado a conocer, tributan el honor, que debían dar a Dios, a un tronco o a una piedra. A estos, Dios, para castigar el abuso que han hecho de la noticia que de él tenían, los entregó a los desordenados deseos de su corazón, para escarmiento suyo y de otros, al ver los desarreglos e indignidades a que se dejaron arrastrar estos sabios del paganismo.

Porque (homilía IV) cuando el hombre traspasa los límites establecidos por Dios para enfrenar nuestros apetitos, viene a desear cosas desarregladas y absurdas; como sucede a veces a algunos que, abandonándose sin freno a sus apetitos, llegan a perder el gusto de los manjares útiles y a comer cosas ineptas para nutrir el cuerpo humano.

Aquí San Juan Crisóstomo ridiculiza, afea y fustiga terriblemente el vicio sodomítico, trayendo contra él el tremendo castigo del fuego que bajó del cielo sobre las ciudades de la Pentápolis, que quedaron abrasadas y reducidas a cenizas. Piensa, dice, cuán grave será este pecado que ha hecho aparecer el infierno antes de tiempo; porque, despreciando muchos los eternos fuegos, mostróles Dios de un modo nuevo la imagen del infierno.

Traigamos, pues, siempre el temor de Dios delante de los ojos; porque si nos desprendemos de esta salvadora ánora, estamos en gran riesgo de perecer; como, por el contrario, nada hay más provechoso para nuestra salvación que el vivir continuamente en la presencia de Dios. Si la vista de un hombre basta para contenernos y librarnos de caer en pecado, ¿cuál no será nuestra seguridad si traemos constantemente a Dios delante de los ojos?